

Capítulo 1

Memoria y gastronomía. De las historias de vida a la receta estándar

Giovanny Enrique Araque Suárez ¹

Margarita Ruiz Silva ²

¹ Magister en Desarrollo Educativo y Social, Licenciado en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales, Docente Investigador Corporación Unificada de Educación Superior (CUN). Correo electrónico: giovanny_araque@cun.edu.co.

² Magister Derechos Humanos, Licenciada en Educación Comunitaria con énfasis en Derechos Humanos Fundación Universitaria Unipanamericana-Compensar, Docente Investigador. Correo electrónico: mruizs@unipanamericana.edu.co.

“El hambre y el amor son lo que mueve el mundo”
Schiller

Resumen

La memoria como invocación experiencial propicia espacios de encuentro, genera niveles de identificación y empatía; trae al presente prácticas significativas que han estado en la familia, la comunidad o la cultura por algunos años, o de manera inmemorial posibilitando la construcción de sentidos y significados individuales y colectivos. La memoria gastronómica tiene una característica especial: “Es un tipo de memoria que estaría dentro de la cultura oral pero que no solamente se sustenta en el lenguaje verbal, sino que pone en juego la memoria del cuerpo y los sentidos de la vista, el olfato, el tacto y el gusto” (Pernasetti, 2011).

Cuando el escritor brasileño Jorge Amado murió (célebre por incluir platos de la cocina popular en sus libros), Fernando Henrique Cardoso dijo sobre su obra literaria: “seduce a los cinco sentidos, llena de colores, sonidos, perfumes, sabores y texturas” (Clavo y Canela, 1958). Por su parte *Doña flor y sus dos maridos* (1966) propicia que el lector reavive su experiencia gastronómica con algunos platos por medio de la narración. Algunos de esos platos ahora hacen parte del patrimonio gastronómico de Brasil; literatura y memoria gastronómica se evocan a través de los sentidos.

Palabras clave: Memoria; gastronomía; historia.

Memorias, olvidos y ausencias gastronómicas

Memorias.

Nuestros recuerdos construyen nuestra identidad. Un desayuno con un tinto, un café con leche, un chocolate o un cacao, constituye no solo una diferencia respecto a los gustos personales o familiares, sino que pueden implicar la construcción de un recuerdo ligado a la unión familiar, el rito del encuentro alrededor del alimento para iniciar el día y por supuesto, el contexto social e histórico. Por ese tipo de recuerdos

está poblada la literatura “Los jarros humeantes de café y de leche. Sobre el níveo mantel, cuzcuz de maíz con leche de coco, banana de la región frita, ñame y aipim” (Amado, 1991, p.22); es decir, el café no es solo el café, también corresponde a todos los recuerdos que se han construido alrededor de una taza.

Precisamente, la literatura ha sido uno de los vehículos bajo los cuales se ha legado la memoria gastronómica. Por ejemplo, en el Quijote y la relación que existe entre la gastronomía del siglo XVII en la Mancha, España y la de hoy en ese mismo lugar, tiene mucho que contar.

Ausencias.

La memoria gastronómica no solo está hecha de los alimentos que consumimos, también de los que no. Ambas constituyen la identidad de los sujetos, las familias, las comunidades y los pueblos. Basta recordar el índice de las aprobaciones y prohibiciones que aparecen en Levítico (11:1-23) de la Biblia Católica:

Hay, sin embargo, rumiantes que no tienen la pezuña partida. De esos animales no podrán comer los siguientes: (...) El cerdo, porque tiene la pezuña partida en dos, pero no es rumiante; este animal será impuro para ustedes. (...) Las siguientes aves ustedes las rechazarán y no las comerán, porque las considerarán animales inmundos: (...) A todo insecto alado que camina en cuatro patas lo considerarán ustedes un animal inmundo.

Uno de los ejemplos por excelencia es el cerdo. Marvin Harris en *Vacas, cerdos, guerras y brujas* realiza un análisis sobre esta prohibición gastronómica para algunas religiones como el judaísmo y los musulmanes. Así, evidenció:

Los tabúes [gastronómicos] cumplen también funciones sociales como ayudar a la gente a considerarse una comunidad distintiva. La actual observancia de reglas dietéticas entre los musulmanes y judíos que viven lejos de su tierra de origen del Oriente Medio cumple perfectamente esta función. (Harris, 1980)

Claramente la carne de cerdo es mucho más que un alimento. Culturalmente trascendió y terminó por configurar una identidad y, por lo mismo, en convertirse en un símbolo de los adeptos a esas religiones.

Olvidos.

Recuperación de la gastronomía.

Nuestra identidad gastronómica está hecha tanto de memorias, como de olvidos y ausencias. Gastronomía es identidad, la identidad es lo que apropiamos, aquí liga necesariamente esa palabra que cimienta nuestro lugar de origen: propio, lo típico, lo original. Ejemplo de ello, se encuentra en el siguiente fragmento:

“El cacahuete original del sur de Estados Unidos, que llegó en barcos de esclavos desde África, está de vuelta. Conocido como africano de Carolina, desapareció hace 90 años al ser suplantado por una variedad menos dulce pero más popular en Virginia. Hoy, el científico de la Universidad de Clemson, Brian K. Ward, y el historiador de alimentos de la Universidad de Carolina del Sur, David Shields, están reviviendo esta leguminosa con semillas de los años treinta del siglo XX que encontraron congeladas en un banco de semillas.” (Ortiz, F, p. 34)

La memoria como campo de estudio

La gastronomía, así como el turismo, son campos de conocimiento en donde diferentes profesionales de las ciencias sociales y humanas ayudan a constituir los saberes de este campo. Antropólogos, historiadores, sociólogos, pedagogos, psicólogos enriquecen este campo de conocimiento con sus análisis e investigaciones.

La memoria, como construcción social y sus implicaciones en la vida cotidiana, van más allá de la simple evocación del recuerdo, representado en formas de vida, imaginarios e identidades. La memoria es la manera de convertir el pasado en una forma de vivir el presente y de pensar en el futuro, como lo enunciaba Ricoeur (1999, p.12).

I. Memoria colectiva: La primera parte que hace énfasis en la comprensión de la memoria como un acto colectivo que permea a las personas y termina siendo un suceso más allá de una construcción subjetiva. Acudiremos a autores que desarrollan la categoría y que nos posibilitan comprenderla como el resultado de diferentes maneras de recordar y distintas formas de elegir lo que estamos recordando. Es decir, la memoria como un ejercicio selectivo.

II. Memoria e identidades: El segundo lugar de reflexión se centra en la categoría de memoria histórica y sus implicaciones en la construcción de identidades. Constituyen la historia de vida, determinando lo que consideramos lo propio, lo ajeno y lo híbrido.

III. Memoria y gastronomía: La tercera parte, y como resultado de las dos (2) anteriores, busca llevar esta reflexión a las relaciones que se tejen entre la memoria colectiva constitutiva de identidades e historias de vida en el contexto de la gastronomía. Entendemos que todos nosotros hacemos parte de un entramado que, bien entendido, es la muestra más personal de una historia colectiva que se construye a diario y hace parte de todos los que hacemos parte de un contexto determinado.

Memoria colectiva

Comenzar a pensar la memoria como un evento más allá del acto individual es el punto de partida para concebir la memoria como un hecho social. Astrid Erll (2012), nos ayuda a ubicar las maneras en que Hallbwachs sitúa la memoria colectiva a través de tres (3) características:

- Condicionamiento social del recuerdo individual.
- Formas y funciones de la memoria construidas a través de las generaciones.
- Memoria colectiva como herencia.

Cada una de estas definiciones son elementos constituyentes de la manera de entender la memoria más allá de los presupuestos que siempre hemos considerado; “ya no se trata de mirar a la memoria y el olvido desde una perspectiva puramente cognitiva, de medir cuánto y qué se recuerda o se olvida, sino de ver los ‘cómo’ y los ‘cuándo’, y relacionarlos con factores emocionales y afectivos” (Erll, 2012). Entonces, hay otros lugares de comprensión de la memoria, que posibilitan entender otras esferas del hecho social y que, además de aportar al espectro cognitivo, nos permite dilucidar posibilidades dentro del ámbito colectivo y gastronómico. A continuación, describiremos cada uno (1) de estos tres (3) elementos a la luz de la reflexión que nos convoca sobre la memoria.

Condicionamiento social del recuerdo individual.

El juego social, que implica encontrarse y relacionarse, configura las formas de comprender el mundo en las cuales nos movilizamos como seres sociales. Esta interacción nos dota de valores, lenguajes, costumbres, cultura y demás elementos sociales que marcan nuestra forma de ser en el mundo. Esto quiere decir que, siempre que hacemos comprensiones del mundo y lo definimos, lo hacemos de acuerdo con las interpretaciones que se nos han dado de él desde la construcción social en la cual nos hemos desarrollado. Al respecto, (Hawlbachs 2004, p.24), señala que “es en la sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, es allí donde los evoca, los reconoce y los localiza” (p. 8).

Esto quiere decir que la experiencia social es determinante en nuestro desarrollo como seres en comunidad, no es posible el recuerdo sin la existencia de marcos sociales en su desarrollo. Está mediado a nivel social, lo hacemos en grupo; tenemos el ejemplo de las conmemoraciones patrias, mediadas por aparatos estatales que apelan al recuerdo para enseñarnos que somos nación.

No contar con estos marcos sociales impediría a las personas la organización, el lenguaje y la memoria en su desarrollo individual; la sociedad nos provee de todo esto. Al respecto Hawllbachs (2004), afirma que:

Tal reconstrucción del pasado no puede jamás ser sino una aproximación. Esta lo será tanto o más que dispongamos de una mayor cantidad de testimonios escritos u orales. Que tal detalle exterior no sea así rememorado, por ejemplo, leyendo ese libro una tarde, a escondidas hasta una hora avanzada de la noche, o que hemos solicitado tal o cual termino, o tal fragmento del texto, que con amigos reproducíamos, en nuestros juegos, tal escena o imitábamos tales personajes de nuestra narración. (p. 112)

Quienes nos rodean son los que aportan en nuestra capacidad de recordar y determinan qué clase de cosas podemos y debemos recordar. Por lo tanto, se constituye en un hecho social que nos provee referentes de identidad y apropiación a espacios, lugares y fechas de nuestro lugar de nacimiento.

Formas y funciones de la memoria construidas a través de las generaciones.

Recordar es un acto en sociedad, ya lo habíamos enunciado. En ese sentido, es un ejercicio capaz de trascender en el tiempo; una trasmisión que pasa de generación en generación y que termina instalándose en la conciencia de las personas. Esto determina la manera en que las nuevas generaciones expresan su experiencia en imágenes y recuerdos, aunque no sea del todo exacto. Al respecto, Betancourt (1999) señala:

Es posible que dichas imágenes reproduzcan inexactamente lo pasado y que los recuerdos aparecidos de repente y que se encuentran delante de nuestro espíritu muestren una expresión exacta, y a los recuerdos reales se añada así una masa de recuerdos ficticios; pero inversamente, es posible que los testimonios de otros sean exactos y que ellos corrijan y completen mis recuerdos, al mismo tiempo que ellos se vayan incorporando a los nuestros. (p. 125)

Así, es preciso considerar que la sociedad es dinámica, un ser móvil y cambiante. Como resultado de una reconstrucción intergeneracional, apelamos a la memoria de nuestros mayores quienes nos ubican a lo largo de nuestra historia de vida, de la historia de nuestros grupos sociales y de nuestros Estados-Nación. Nos dan razón de nuestra manera de entender el mundo y de ser una parte de la sociedad a la que aportamos y de la cual recibimos una lengua, una raza y un compendio de costumbres.

Existen tres (3) formas de definir la memoria colectiva.

A partir de la memoria orgánica del individuo, desde un entorno socio cultural. Si bien el recuerdo solo se construye en la experiencia social, es también necesario que se configure la experiencia individual. Hawlbachs denominó a esto “memoria autobiográfica”, desde allí nos encontramos como seres que hacen parte de un compendio de situaciones que nos agrupan como sociedad y nos brindan una identidad. Desde allí realizaremos la propuesta de historia de vida que más adelante expondremos.

Además, a partir de una relación con el pasado que surge con la interacción, la comunicación, los medios y las instituciones que se encuentran dentro de los grupos sociales y comunidades culturales (Erll, 2012). Esto quiere decir que las instituciones y espacios anteriormente nombrados son escenarios donde se construye el recuerdo. Allí

confluyen imaginarios que permiten encontrarnos en comunidad, pues “en la medida en que formamos parte de un orden simbólico colectivo podemos otorgarle un lugar a los hechos del pasado, podemos interpretarlos y recordarlos” (Erl, 2012, p. 20).

A partir de lo anterior advertimos que, por principio, una sociedad puede contar con una universalidad de memorias que le permitan comprenderse a sí mismas, por el hecho de considerar que cada persona hace parte en la construcción de una memoria colectiva. Esta es la oportunidad de encontrar lugar de enunciación en la diversidad y, por ende, un campo de acción desde el contexto gastronómico.

Memoria histórica

Hasta el momento se han descrito dos (2) categorías: memoria colectiva y memoria histórica. Nos servimos de estas para intentar explicar lo que a continuación consideramos la función social al momento de comprender nuestro contexto inmediato y su importante razón de ser en función de la construcción social que se encamina hacia el futuro, por lo tanto las traemos a la escuela y las posicionamos como un ejercicio didáctico.

Anteriormente hemos dicho que la propuesta de Hawllbachs al hablar de memoria autobiográfica debe ser considerada como una manera de construir entramados que permitan que se genere historia colectiva. Tal como lo hemos venido desarrollando, es aquel compendio de sucesos y experiencias que van construyendo espacios en común entre los miembros de una comunidad.

En este sentido, la escuela es el escenario propicio para comenzar el ejercicio autobiográfico. No como ese ejercicio de clase que a manera de tarea termina siendo la descripción, siempre inconclusa y muchas veces no concienciada, de sucesos que se dieron en la vida de cada persona.

Lo que proponemos es que trayendo el concepto de “memoria autobiográfica” se haga una constante reflexión sobre nuestra propia historia de vida. Y en co-relato, con el de los demás, hagamos memoria histórica para así encontrar que en este ejercicio es muy posible que hagamos memoria histórica. Esta última, entendida como la forma de hacer reconstrucción de sucesos relacionados alrededor de recuerdos que se articulen con las prácticas cotidianas de alimentación.

Metodologías/Pedagogías para el trabajo con la memoria gastronómica

En principio, las memorias oficiales son todas aquellas que han llegado por una elección premeditada a las escuelas de gastronomía. Son los discursos de poder que están llamados a constituir los discursos de ideal que sobre la sociedad se tienen. Al respecto, Jelin señala sobre Pollak que “son intentos más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia, que apuntan a mantener la cohesión social y a defender fronteras simbólicas” (Pollak, citado por Jelin 1989, p. 9).

En este sentido, es claro el papel como institución que trasmite; debe sentar las bases del sistema de creencias y arraigos que la sociedad que la habita tiene. Por lo tanto, este es el lugar de los centros de poder y uno (1) de ellos es la dinámica gastronómica.

Así, comprender las razones que hacen que la postura científica que hoy tenemos es en realidad una manera de privilegiar la desigualdad que constituye un trabajo de no poco esfuerzo. Desde allí se comienzan a cuestionar los escenarios sobre los que se ha construido el paradigma de Occidente, uno sobre el cual se crean ausencias.

La cotidianidad de los grupos sociales tiene representaciones que hablan de su manera de comprender el mundo. Esto quiere decir que su idea de lo propio está instalada en todo cuanto hace, piensa y siente. Es importante comprender que no todo lo que se considera propio hace parte de nuestra tradición.

Entonces, hablar de memoria en gastronomía nos ubica sobre el lugar de lo que es propio y sobre lo que consideramos propio; pueden ser dos (2) lugares distintos. Allí radica su importancia al construir imaginarios de identidad que permitan que nos narremos a nosotros mismos desde la mesa. Así, los olores, los sabores y las texturas de los alimentos que por siglos hemos llevado a nuestro paladar, constituyen en sí misma una manera de narrar la tradición de un pueblo que recurre a sus recetas para conservar las huellas de su herencia cultural.

Recurrir al discurso sobre lo propio es importante en la medida que marca una diferencia sobre lo que somos y no somos. Hacer memoria en esto constituye, como ya lo veníamos diciendo, una elección del recuerdo sobre lo que evocamos, construimos y olvidamos.

Desde lo anterior, existen implicaciones que trascienden la cotidianidad. Aunque esta se afecte irremediabilmente, es importante reconocer una implicación importante

en el campo científico. Las memorias que se privilegian devienen de un discurso de poder y es desde este lugar que hablaremos de las pedagógicas para el trabajo de la memoria.

En el contexto colombiano actual, la lucha contra el olvido se ha vuelto fundamental, se propende trabajar por la paz en el posconflicto. Es necesario continuar con los ejercicios de recuperación de la memoria en distintos ámbitos. Esta necesidad se refleja en palabras de Giraldo (2004) “el olvido prolonga en el presente y hacia el futuro de sus sueños y de sus utopías”(p.3). Estas palabras son la base que sustenta la necesidad del recordar.

En Colombia, y en general en el mundo, tememos recordar; por un lado, porque estamos convencidos que recordar es dejar de vivir el presente y el futuro. Sin embargo, desconocemos que el olvido es una herramienta fundamental a la hora de detener el avance de una sociedad. Consideramos que olvidar es la forma más sencilla de continuar, pero perdemos de vista que al olvidar disipamos el contexto de lo que fuimos, de lo que nos marcó y que nos convirtió en lo que somos ahora. Perpetuar el olvido es la forma más efectiva de desmovilizar mentes e ideas.

Así pues, recordar y educar desde el recuerdo y el testimonio es esencial en tres (3) sentidos. Primero, reconocernos en el otro, no solo desde los proyectos o ideales sociales, también desde la cotidianidad, desde los ejercicios diarios en el andar y el vivir. Segundo, para reconocer las distintas maneras en las que todos vivimos y procesamos las ausencias y las presencias, sin importar su edad, condición social. Tercero, para la construcción de nuevos futuros; futuros que no deben quedar solo en la utopía, futuros posibles.

Muchas veces nos preguntamos ¿por qué recordar? Bueno, si revisamos la historia reciente de la mayoría de los países del mundo, podemos darnos cuenta que la imposición del olvido es una constante. El olvido actúa como un arma silenciosa que ataca mientras nos distraemos con otras realidades. El dolor de mirar de frente nuestro pasado es casi tan insoportable que elegimos evadirlo inconscientemente.

No obstante, los caminos a estos ejercicios han estado rodeados de dificultades, en especial, cuando el olvido aparece acompañado del silencio con el objetivo de borrar la historia. La invitación del olvido es cubrirnos en él, con la esperanza de no sentir la herencia de la que hacemos parte. Nuestra perpetua preocupación por dejar nues-

tro pasado atrás, sin recuerdos de lo que vivimos, es lo que nos orilla en picada a un abismo de construcción de un futuro incierto con el grave peligro de repetir nuestros errores del pasado.

Todo recuerdo está atravesado por nuestra experiencia y la forma en que percibimos esa experiencia; los contextos en los que se desarrollan nuestras acciones atraviesan nuestras memorias personales; se hace completamente necesario iniciar con ejercicios de derrotar al olvido. Sin embargo, esta pelea titánica que emprendemos en contra el olvido debe realizarse en conjunto con el otro, pese a que los recuerdos y las memorias son propias, siempre están enmarcadas socialmente.

Por esta razón, es imperante construir la memoria con la ayuda de otros, desde nuestras narrativas personales pero enlazándolas con las de los otros dando así más sentido al pasado. La memoria, la que busca dar sentido a los hechos que no tienen lógica en nuestra individualidad, ejerce más sentido cuando recibe aportes desde los espacios en comunidad. Permite tener una percepción de los eventos desde una mirada interna y una externa, convirtiéndose en un ejercicio fundamental en la construcción de identidades en los sujetos.

Así es como van surgiendo las nuevas luchas por la memoria. La respuesta al interrogante ¿para qué recordar? es el punto de partida de varios debates sobre la memoria en sí misma. Por un lado, la posiciona como un eje fundamental en los procesos de reivindicar y dignificar la vida y los proyectos de las víctimas y de sus familiares. Por otro lado, como móvil constructor de sujetos(as) colectivos y políticos que se basen en el pasado para reflexionar y trabajar en el futuro. Esto se ve reflejado en los distintos movimientos y organizaciones sociales que se han preocupado por trabajar en la sociedad; con las comunidades desde una mirada histórica contextualizada, aportando a las garantías de no repetición, de verdad, de justicia y de reparación integral.

No obstante, las luchas por trabajar y reconstruir la memoria no deben quedarse solo en espacios cerrados de organizaciones sociales. Para lograr aportar a una construcción de un futuro diferente, donde se reconozcan las responsabilidades reales, los trasfondos políticos, económicos y sociales y los actores que participaron, es necesario ampliar la sensibilización a través de la trasmisión de la memoria. Esto solo puede ser posible trabajando desde la pedagogía:

Desde la pedagogía se propende por incidir en las instancias decisivas de la transmisión cultural, como archivos, museos, patrimonios culturales, sistema educativo, más

media, memoriales y monumentos, para que en todos ellos se asuma el registro de los crímenes de lesa humanidad, como detonante de memoria que redima el pasado y rescate de fecundidad histórica de las víctimas [...] pero este proceso solo puede realizarse a través de la educación y la pedagogía (Giraldo, 2004, p.12).

Sin duda, la construcción desde la pedagogía es el camino más certero para acercar espacios pocos explorados anteriormente, transgrediendo lugares significativos en el cotidiano de la sociedad. El objetivo de trabajar desde una pedagogía crítica, una pedagogía real con una mirada de memoria, siempre será el aportar a la construcción de un nosotros que se cuestione constantemente sobre todo lo que le rodea, para que de esta manera no se plantee una verdad única y estática. En cambio, que los interrogantes los lleven a pensar nuevas realidades posibles que no repita errores del pasado y transforme futuros.

La educación en nuestro país no es un ejemplo de trabajos en sensibilización y apuestas reconstructoras de la memoria, sin embargo, no es algo exclusivo de Colombia. Por lo general, las propuestas educativas están pensadas de tal forma que se conviertan en espacios de exclusión y de eliminación del otro. No obstante, alrededor del contexto social, político y económico colombiano han surgido propuestas educativas alternativas que priorizan una recuperación crítica del pasado, apostándole a la construcción de sujetos(as) éticos y políticos que cuestionen su realidad.

Ortega, Sánchez, Díaz y Villafane (2015) en varios de sus artículos ha propuesto la necesidad de una pedagogía crítica de la memoria en Colombia; crítica porque es claro que en nuestro país la educación debe ir guiada en la construcción de subjetividades ético - políticas “que interrogan y cuestionan las relaciones de subordinación; y que además posibiliten espacios de transformación” (p. 7). Por lo tanto, construir una pedagogía de la memoria, no puede ser solo un ejercicio de recordar, sin duda, debe ser un proceso de interrogación propio que abra puertas a interrogantes más grandes y complejos que los individuales.

Por fortuna, la construcción de las propuestas educativas de memoria en el país se ha nutrido desde distintos aportes de propuestas desarrolladas por todo el cono sur. Las diversas reflexiones que se han generado en los países de Latinoamérica después de la época de las dictaduras, así como las huellas de la violencia que dejaron profundas cicatrices, han sido el motor principal para emprender una lucha de revisión crítica del pasado, transformando así la misión de la educación en Latinoamérica. Como bien lo

menciona Rubio (2007), surge la necesidad de crear y pensar nuevas pedagogías con acción y reflexión que trasciendan hacia acciones educativas transformadoras.

Uno (1) de los objetivos es reconstruir los relatos de los actores ligados a las prácticas gastronómicas, pero desde una mirada crítica que logre poner en diálogo público:

La creación de estrategias para posicionar el testimonio con el fin de difundir las versiones no oficiales de los acontecimientos enmarcados para que los colombianos dispongan de los elementos necesarios para entender, valorar, y, sobre todo, actualizar críticamente las tradiciones a la luz del presente, entendiendo cuáles son las causas y efectos estructurales. (Girón, 2010, p. 9)

Melich (1998), menciona que la crisis de la educación es una ecuación desde el silencio. Sin embargo, en Colombia esa educación construida en medio de la barbarie y el dolor de las víctimas, es la que posibilita propuestas alternativas y contra hegemónicas. Entonces, dichas propuestas se preocupan por alejarse del viejo debate entre historia versus memoria; más bien, propende el reconocimiento de la comprensión de la historia en un punto de encuentro con la memoria y con el otro, es decir, una educación desde un nosotros.

La propuesta de pedagogía de la memoria en la sociedad colombiana debe procurar varios objetivos. Primero, debe plantarse desde perspectivas críticas que permitan interrogar espacios. Segundo, debe aportar bases sólidas de prácticas democráticas diferentes. Tercero, aportar a la construcción de subjetividades transformadoras que logren vencer el silencio y transmitir a través de prácticas cotidianas; sobre todo, reivindicar la voz de los otros, de sus proyectos de vida, de sus apuestas sociales y de los sueños.

En ese sentido una pedagogía de la memoria con vías de resistencia no puede quedarse en la retórica tiene que asumir en la praxis el abordaje de la historia de la resistencia como expresión ética de la manifestación popular, la toma de conciencia, la razón humanística, la construcción de la democracia, y la exigencia de derechos (Ortega, et al., 2015, p. 145).

Esto es lo que conocemos como narrativas testimoniales; ese espacio donde se trabaja desde la experiencia propia y colectiva. Allí la voz no es solo un audio más, es este ejercicio de autonarración donde se hace posible el tejido de nuevas memorias; desde

donde se pueden trabajar temas desde una perspectiva diferente, a partir de la presencia de sus ideales, y de sus proyectos de vida.

La autonarración como medio, posibilidad y método se constituye como proceso cognitivo porque permite la adquisición de conocimientos emanados de subjetividades que se relacionan para lograr identidad, oírse, pensarse, escribirse y narrarse.

Abordar las narrativas testimoniales y las tramas memoriales con sus aspectos inenarrables y su multitud de narraciones posibles supone el enfrentamiento constante con la alteridad, con el radicalmente otro; también supone entender otras temporalidades otras vivencias, otras estéticas y otras territorialidades (Ortega et al., 2015, p. 129).

Por lo tanto, el testimonio es necesario en el ejercicio de la pedagogía de la memoria. Sin embargo, para que ejerza su función es necesario que los maestros procuren que sus alumnos escuchen el silencio de los ausentes. Deben poner de relieve que lo que resulta verdaderamente importante en el testimonio (Melich, 2006).

Entonces, el aporte del docente es fundamental en la construcción de una didáctica crítica de la memoria. Este debe ser participe en la comprensión de los sentimientos frente al otro, frente a la realidad que es ajena a la propia. Los docentes serían a la apuesta didáctica equivalentes a los constructores de un puente, que nos permita pasar del otro lado; este puente se trabaja desde el lenguaje, desde las costumbres pero sobre todo desde los hechos cotidianos que son los más capaces de darle sentido a lo ajeno.

La memoria no pertenece solo a un grupo de personas, es un espacio de construcción colectiva donde todos tenemos algo que conocer y algo que aportar. Sin embargo, es fundamental que las nuevas generaciones conozcan la memoria de la viva; ellos son los que tienen en sus manos el trabajo a futuro, pero este proceso debe realizarse desde la primera infancia.

No podemos trabajar en una sociedad diferente si seguimos pensando que los niños no tienen la capacidad de conocer el pasado. La pedagogía de la memoria, y las didácticas que de ahí surgen deben estar trabajadas no solo desde la voz, sino también con herramientas contextualizadas, que transmitan la memoria de diferentes maneras aportando a la reflexión y explorando lenguajes no convencionales que nos acerquen a una conciencia crítica de un pasado reciente propiciando un nuevo futuro.

Recogiendo lo mencionado anteriormente, las didácticas críticas para una pedagogía de la memoria deben trazar objetivos de reflexión de los contextos sociales, políticos

y económicos, que se encargue de transmitir y reivindicar las voces de otros, pasando por experiencias vivas que nos acerquen a las realidades del pasado reciente. Según Ortega et al. (2015), sobre el “derecho de existir como ser social, político, histórico, simbólico, y emocional, que tiene la conciencia de prepararse, no para la muerte, sino para la vida y no a pesar de otros, sino junto a ellos- nosotros” (p. 148).

Los distintos procesos y ejercicios de la memoria que se han venido desarrollando en el mundo, en especial en Latinoamérica y Colombia, han traído a la luz uno (1) de los debates más importantes de nuestro siglo, ¿Por qué es necesario recordar? existen diversas formas de recordar y el cómo lo hacemos es lo que genera una gran diferencia en la manera en la que entendemos nuestras prácticas.

Frente a la temática de la memoria desarrollada en el país son claros los avances que han realizado las distintas organizaciones y universidades, como también las instituciones del Estado. Han realizado una valiosa apertura, pero se ha quedado corto en avances en el tiempo; no se ha preocupado por construir herramientas más concretas y que acerquen nuevos espectadores.

Si bien es cierto que se realizan ejercicios continuos de puesta pública de la memoria; es importante pensar en espacios que creen reflexiones frente a lo expuesto, la simbología de las galerías de la memoria. En cuanto al trabajo que se realiza con los jóvenes y niños no se ha logrado construir algo que no solo cuestione, sino que llame su atención, algo en sus propios términos y lenguajes.

También es visible que la continua sobreexplotación de los testimonios ha generado una disminución de la fuerza que él mismo posee. Las narrativas testimoniales son claves a la hora de transmitir la memoria, pero si no se generan reflexiones más profundas, el testimonio se convierte en una voz más perdida entre las demás. Es deber de la pedagogía de la memoria reivindicar los testimonios, por un lado, para que ellos y ellas puedan volver a revitalizar y empoderarse desde su narración. Por otro lado, para que los que escuchan las narrativas logren sentir la empatía suficiente para cuestionar su propia realidad.

Así pues, la clave de la transmisión de las narrativas testimoniales está en lograr compartir (con los espectadores o participantes) de los ejercicios, la cotidianidad; lo que en esta investigación se ha denominado como ausencias y presencias. Las distintas ausencias y presencias que se experimentan en su diario vivir son espacios que todos hemos compartido y sentido alguna vez en nuestras propias historias de vida. Adicionalmente, en los relatos también se puede observar que estos espacios reconfiguran

la cotidianidad, las cenas familiares, el salir a caminar, o estar limpiando la casa se vuelven espacios reconfigurados.

La apuesta de construir herramientas desde una didáctica crítica no puede ser solo una propuesta a corto plazo, en donde se creen herramientas y se dejen archivadas. Esta es una apuesta que pretende alcanzar y transgredir todos los espacios posibles, pensando siempre en clave generacional. No se puede omitir que procesamos las ausencias y las presencias de forma diferente de acuerdo a cada etapa en la que estemos. Por lo tanto, es nuestro deber docente, así como de profesionales, alcanzar cada público con un lenguaje propio, comprensible, cotidiano y que genere ejercicios de reflexión.

Referencias bibliográficas

- Amado; J. (1991) Cacao. Gabriela, Clavo y Canela; Biblioteca Ayacucho, Caracas Venezuela ISBN 980-276-155-9
- Betancourt, D. (1999). *Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. Lo secreto y lo escondido en la narración y el recuerdo*. Red de Bibliotecas Virtuales de Clacso.
- Biblia Católica Dios Habla Hoy (1920), Editorial Sociedades Bíblicas Unidas, ISBN 9789587453447
- De Sousa santos, B. (2009). *Una epistemología del sur*. Clacso ediciones.
- Erll, A. (2012). *Memoria Colectiva y culturas del recuerdo, estudio introductorio*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Giraldo, J. (2004) Memoria Histórica y Construcción del Futuro, COLOMBIA NUNCA MÁS, Informe Final.
- Girón, C. (2007). El campo conflictual de la construcción de la memoria histórica en Colombia: tensiones, retos y perspectivas. Consultado en: <http://www.dialogo-seducacion.org>
- Harris, M. (2000). *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Alianza editorial
- Hawlbachs, M (2004) La Memoria Colectiva y Memoria Histórica, Paris Tercera edición
- Jelin, E. (1989). *¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias? Los trabajos de la memoria*. España: Siglo Veintiuno editores.
- Kruger, M. (2011). La enseñanza de la historia reciente como herramienta clave de la educación política: Narrativas escolares y memorias sociales del pasado dictatorial argentino en las representaciones de jóvenes estudiantes de la Ciudad de Buenos Aires y conurbano (2010-11). *Persona y Sociedad*, 25(3), pp. 29-52.
- Melich, J (1998) Filosofía de la finitud, El ciervo: revista mensual de pensamiento y cultura, ISSN 0045-6896

Melich, J. (2006) Escuela, ética y moral El ciervo: revista mensual de pensamiento y cultura ISSN 0212-4599

Nussbun, M. (1999). *Los límites del patriotismo*. Beacon press.

Ortega, V., Sánchez, C., Díaz, J., & Villafane, G. (2015). *Pedagogía de la Memoria para un país amnésico*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Ortiz, Fernando (1990) Nuevo Catauro de Cubanismos, La Habana, Ed. De Ciencias Sociales.

Pernasetti, C. (2011). Comer y recordar. La cocina tradicional y la memoria colectiva. Recuperado de: https://www.academia.edu/18891702/Comer_y_recordar._La_cocina_tradicional_y_la_memoria_colectiva

Ricoeur, P. (1999) La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido. Madrid, Arrecife Producciones

Rubio, G. (2007) La critica de Racière a la educación moderna, Educación contextos Sociales y propensión a aprender. Polis Revista Latinoamericana